

Resumen

Que los perros hablen parte de una inquietud aparentemente simple, explorar el deseo de que los perros puedan hablar, para desplegar una reflexión profunda sobre el lenguaje, el pensamiento y la condición humana. A través de una colección de perros parlantes en la literatura, que va de Cervantes a autores contemporáneos, el ensayo muestra cómo estos personajes funcionan como dispositivos críticos que cuestionan la supuesta superioridad intelectual de los humanos. Al mismo tiempo, el texto dialoga con diversas teorías filosóficas y lingüísticas, problematizando la idea de que el lenguaje articulado sea una facultad exclusivamente humana y abriendo la posibilidad de reconocer formas complejas de comunicación en otras especies.

En este recorrido, el ensayo también explora la relación entre lenguaje y locura, sugiriendo que aquello que históricamente ha sido considerado irracional, como escuchar hablar a un animal, puede revelar, en realidad, otras formas de sentido. A partir de autores como Gogol y pensadores como Foucault, se plantea que la locura no necesariamente implica la ausencia de razón, sino un desplazamiento del lenguaje respecto de las normas sociales. De este modo, escuchar a los perros hablar no solo desafía el orden natural, sino también las estructuras culturales que determinan qué voces son válidas y cuáles deben ser excluidas.

Finalmente, el texto introduce un giro hacia lo afectivo al proponer que la verdadera comunicación con los perros no depende de la palabra, sino de la ternura. A través de experiencias personales, se muestra que los perros ya poseen un lenguaje poderoso que se manifiesta en el cuerpo, la cercanía y la presencia, capaz de sostener emocionalmente de formas que el lenguaje humano no siempre logra. Así, el ensayo concluye que el problema no es que los perros no hablen, sino que los humanos hemos privilegiado un tipo de lenguaje que nos impide reconocer otras formas de comunicación igualmente significativas.